

DESEO DE SUPERVISAR SU PUESTA EN PRÁCTICA

CARLOS E. BARREDO

La supervisión ha constituido una práctica constante en la formación de los analistas.

Instalada en un lugar diferenciado de los otros dos componentes del llamado “trípode formativo”, mantiene con ellos relaciones que hacen a su especificidad.

La más fecunda es, sin duda, su relación con el análisis formativo: “la supervisión no es el análisis, pero guarda un lazo con él”. (12)

Si bien es posible acordar con que el haberse analizado instituye el eje de lo que habilita para ejercer el psicoanálisis, también es claro que a esa “experiencia del inconciente” debe agregarse un cierto “saber-hacer”, que sólo puede adquirirse en la práctica misma como analista.

Es en relación con esto que el hablar de la propia experiencia como analista a otro analista, adquiere una función específica en el dispositivo de supervisión.

En principio, que se le hable a un analista ya indica que se trata de una práctica bajo transferencia, es decir: no es una consulta con un experto acerca de la manera correcta de aplicar un saber pre-establecido que prescribiría una técnica adecuada para dirigir una cura analítica.

Lo que se realiza efectivamente en una supervisión es aquello que el término “didáctica” falla en denominar, ya que se trata de lo que no se enseña.

Se intenta aludir con esto a ese intercambio donde lo que está en cuestión no consiste en enunciados de un saber que pueda ser recibido tal cual de forma pasiva. Por el contrario, el supervisado ha de poner en juego algo de sí mismo, en tanto no se trata sólo de la relación con su paciente y los intercambios que con él pueda realizar sino, fundamentalmente, del lazo que el analista mantiene con el psicoanálisis: “¿Qué ideas se hace de la disciplina?, ¿Qué consecuencias extrae de eso para su práctica?”

Es observable que todo practicante del análisis está habitado por nociones acerca del lenguaje, su relación con el cuerpo, el inconciente, los lazos emocionales, el fin del análisis, etc., nociones todas que, según su estado de formalización conceptual, son transmitidas en mayor o menor grado en la acción analítica en forma de prejuicios del analista. (12)

La labor de supervisión ha de estar orientada a colaborar con esa tarea de reinención del psicoanálisis, de su relación con él, que corresponde hacer a cada supervisado.

El énfasis no está puesto en adquirir saber sobre un caso (su diagnóstico, psicopatología, etc.) como lugar donde una generalidad (neurosis obsesiva o histérica, esquizofrenia, paranoia, etc.) toma cuerpo, ni menos aún, en legitimar la posición del analista en la experiencia acumulada en cualquiera de sus formas sino, justamente, en sostener e impulsar la confianza en esa re-inención que hace a cada análisis singular y único.

La relación entre distintos casos no se reduce a una mera comparación, sino que apunta a poner de manifiesto que su multiplicidad se deja ordenar en una gramática, esto es: que los casos se declinan, que poseen elementos en común que presentan lo que Wittgenstein llama, a propósito de sus juegos de lenguaje, un aire de familia, que en nuestra experiencia configura un “aire de aquí” que revaloriza la noción de estructuras clínicas y da nuevas bases a la posibilidad de una nosología psicoanalítica.

La confianza que mencionamos se sustenta en el “creer en el inconciente”, es decir: ubicando el saber en cuestión como supuesto, Otro, pronto a ser producido a partir de la materia prima que constituye un relato, y no como ya instalado en los conocimientos acumulados por el supervisor, la teoría, la literatura psicoanalítica, etc. (5)

Son conocidas las formas caricaturescas que adopta un análisis cuando el analista pretende responder a su analizante por medio de un saber articulado por su supervisor, esto es: con un saber del que se dispone como posesión, y no construido a partir de efectos de verdad dispersos que han de ser articulados guardando un lazo con la experiencia realizada. El espacio de supervisión permite entrever y debatir la estrategia de la transferencia en un análisis, o la política de sus fines últimos, pero no prescribir su táctica interpretativa. (8)

Las urgencias que ante necesidades o apremios se traducen en demandas del estilo de: ¿qué hago? ¿Qué le digo?, sólo podrán ser respondidas orientándolas hacia la tarea de escuchar y sostener la posición de analista.

El problema planteado es cómo incorporar la operatoria de otro cuyo papel no es el de enseñar lo que sabe, sino de reconducir el saber a lo que hay que escuchar para que un analista pueda situarse, encuentre lugar, a partir de un “saber hacer allí” en un momento (kairós) cualquiera.

Este encontrar su lugar para el analista implica siempre, en su camino formativo, el abandono de otras posiciones: la médico-psiquiátrica, pedagógica, etc., desde donde se podría responder a las demandas formuladas por un paciente. Abandono que transcurre con dolor y no sin resistencias, como un proceso de duelo.

Frente al desamparo que produce el confrontarse a la opacidad de lo real en la clínica, la tarea esencial de la supervisión consiste en orientar el deseo

de supervisar así causado, hacia el amparo que otorga la confianza en poder enfrentar el inconciente, transitando la imposibilidad sin obturarla con un saber referencial cualquiera.

La función del supervisor queda alejada de la idea de un consultor que proveería de medios más adecuados para contactar las realidades de la clínica, o en sentido contrario, de ser concebido como una injerencia extraña que se interpondría entre el analista y su paciente, creando un problema “desde el punto de vista del contacto con lo real”. (7)

Más bien, afirma Lacan: en su accionar “el controlador manifiesta una segunda visión que hace para él la experiencia por lo menos tan instructiva como para el controlado. La razón de este enigma es que el controlado desempeñaría allí el papel de filtro, o incluso de refractor del discurso del sujeto, y que así se presenta ya hecha al controlador una estereografía que destaca ya los tres o cuatro registros en que puede leer la partitura constituida por ese discurso.”

Señalando luego que: “el mejor fruto a obtener en ese ejercicio por parte del supervisado, sería aprender a mantenerse él mismo en la posición de subjetividad segunda en que la situación ubica de entrada al supervisor. Se toma así distancia de las implicancias del término siniestro de control. (7)

La regla fundamental organiza el intercambio analítico, diferenciándose de la noción de alianza y poniendo entonces de manifiesto que la cooperación intelectual no es camino de verdad.

De modo equivalente la tarea de supervisar se organiza a partir de un relato del supervisado que suele describirse como la “presentación del material”, donde si bien no es la asociación libre lo que se promueve, sí es claro que, en tanto es escuchado en transferencia, ese relato, en cualquier forma que adopte, ha de ser sometido a rupturas de la continuidad de sus secuencias narrativas, que posibiliten la emergencia de otras articulaciones u ordenamientos, dando lugar a la producción de un saber novedoso que hace “instructiva” la experiencia para el supervisor, como antes se señaló.

Lo anterior torna a mi criterio desaconsejable sugerir, o menos aún imponer, una forma preestablecida al material en que ha de consistir el relato de quien supervisa, dejando de lado cualquier ideal de “objetividad”. Es necesario recordar que no es posible dar cuenta de lo acontecido en un análisis queriendo unir decires del paciente y estados anímicos del analista. Hay una pérdida radical respecto de la experiencia transcurrida en una sesión, y querer llenarla es caer en la indecencia. (6)

Es conveniente, entonces, que el supervisado decida la manera que prefiere dar a su relato en la supervisión: hablar de lo que recuerda de las sesiones, basarse en notas reconstruidas luego de las mismas, tomar como punto de partida desgrabaciones, etc. El relato del caso, la selección de sus marcas, la construcción de su trama, son medios más propicios para poner en evidencia la manera en que el analista se ve implicado en la transferencia

que sostiene, -lo que se ha dado en llamar contratransferencia-, que las ocasionales confesiones a las que ese relato pueda dar lugar.

El decir del supervisado es, entonces, la vía por la que pone en juego “sin saberlo” algo de sí mismo, que da cuenta de su relación con el psicoanálisis.

Es ese deseo lo que el dispositivo de supervisión debe alojar y sostener, para dar lugar, en la exploración de quien se expone, a eso que para un analista es instituyente en su experiencia de practicante y que constituye la única vía para autorizarse, no “de sí mismo”, como se ha dado en traducir la fórmula de Lacan, sino de “él mismo”. Que nunca podrá coincidir sino parcialmente con una versión de sí, y esto por la mediación de ese artificio del “giro hacia el Otro” (sostén del infans en la construcción del lazo especular). (10)

Lugar de terceridad que anticipado en la “estereografía” que el relato del supervisado promueve, debe ser ocupado por el supervisor para que, tomando como referencia esa posición que el dispositivo hace así patente, un analista se autorice.

La institución analítica, como ámbito formativo, cumplirá su papel en tanto logre preservar esa forma de lazo social que es instituyente, promoviendo y fomentando la experiencia de supervisión en un dispositivo consecuente con el discurso del analista y con su ética. (3)

Esto requiere mantener claras en todo momento las diferencias entre lo que ha sido planteado como instituyente en la experiencia y lo institucional, ligado a requerimientos organizativos o a demandas de reconocimiento. Es preciso recordar que en la práctica de supervisión, la búsqueda de aprobación, el querer obtener rápidos índices de mejoría, el estar pendiente de impedir interrupciones o de hacer buenas interpretaciones, reflejan ideales que, como tales, cumplen en la experiencia analítica su papel de instaurar y mantener represiones, esto es: de resistir a la tarea del análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- 1- Allouch, J.(1993) Freud y después Lacan, Edelp. Bs.As. 1994
- 2- Barredo, C. (1993) El par transferencia-contratransferencia: un partido teórico. En “La misteriosa desaparición de las neurosis”. Letra Viva Ed. Bs.As. 1998
- 3- Barredo, C. (2005) Hable de ella. Presentado en “Hablar de clínica: relatos de nuestra experiencia”. Tertulias clínicas, mayo de 2005, Bs.As.
- 4- Couso, O.M. (2003) A propósito de la supervisión, en Psyché Navegante N° 57 www.psyché-navegante.com
- 5- Dujovne, I. (2004) Algunas ideas para un debate sobre la supervisión. A.P.A. 2004
- 6- Dumezil, C. (1989) La marca del caso. Ed. Nueva Vision Bs. As. 1992
- 7- Lacan, J. (1953) Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse. Écrits, Éditions du Seuil, Paris 1966
- 8- Lacan, J. (1958) La direction de la cure et les pincipes de son pouvoir. Écrits, Éditions du Seuil, Paris 1966
- 9- Lacan, J. (197) Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École. Autres Écrits. Éditions du Seuil, Paris 2001
- 10-Le Gaufey, G. (1998) El lazo especular. Edelp. Córdoba 1998
- 11-Lobov, J. G. (2003) Los relatos de la clínica, en Conjetural N° 39 Ed.Sitio Bs.As. agosto 2003
- 12-Miller, J. A. (2000) El lugar y el lazo, seminario 2000/2001, publicación para circulación interna de la E.O.L.

HABLE DE ELLA

Carlos E. Barredo, mayo 2005

Si hablar de nuestra experiencia conlleva un imperativo ético, éste se sostiene aquí en la intersección de dos confianzas y un acto de fe.

Confianza en otros a quienes se reconoce como analistas. Confianza, a renovar cada vez, en el decir como ex-sistente a los dichos. Acto de fe que

da crédito a lo que de un decir resulta, como proveniente de una dimensión de sobredeterminación que nos excede.

Así impulsados, apuntamos a devenir, con otros, analizantes de nuestro “no querer saber de eso”(operación esta fundante del discurso del inconciente).

El espacio que gestamos y del que hoy nos vemos llevados a tener que dar cuenta, no surgió para paliar urgencias, que encontrarían una acogida más pertinente en un dispositivo de supervisión. Tampoco nos han motivado sólo obstáculos o tropiezos de nuestra práctica, sino además ciertos hallazgos que nos sorprenden, la necesidad en ocasiones de consignar algo para impedir su pérdida, la percepción de vacilaciones en el intento de sostener nuestra posición, etc.

Los comentarios de los integrantes del grupo acerca del relato de quien alternativamente toma la palabra para hablar de su experiencia en la dirección de un análisis, no apuntan a instaurar una suma de escuchas que en su reunión configuren un saber completo sobre lo acontecido.

Funcionan sí como las versiones de un mito que, en sus diferencias, permiten cernir, situar, puntos de imposibilidad que el relato trasunta a través de las resistencias inherentes a todo discurso.

Teniendo en cuenta que los límites a la escucha son un hecho de estructura, creemos que esta práctica nos brinda la oportunidad de rescatar lo oído sin poder ser escuchado, lo dicho sin saber que se lo ha enunciado.

Las resistencias mencionadas son por un lado propias de la estructura, hacen a lo imposible de decir, que el analista en su posición de objeto en la transferencia soporta, y que se pone de manifiesto en el relato que se hace de la cura: en lo referido, en lo silenciado, en lo padecido, en lo evitado, etc. Por otro lado, las que provienen de los conflictos del analista, sus restos de goce. Respecto de esto creo que el relato de un caso, la selección de sus marcas, la construcción de su trama, es un medio más propicio para poner en evidencia lo que se ha dado en llamar contratransferencia, esto es: la manera en que el analista se ve implicado en la transferencia que sostiene, que las ocasionales confesiones a las que ese relato pueda dar lugar.

Generar, sostener y preservar un ámbito de intimidad que permita alojar estas dificultades, reconocerlas y atravesarlas es una tarea que requiere esfuerzo, compromiso y continuidad en lo emprendido.

En este dispositivo, quien toma el riesgo de hablar de su experiencia, combate la tentación de gozar del saber que supone poseer en el ejercicio de su práctica, para dar paso al saber hacer de lo inconciente como la referencia más confiable para orientar sus intervenciones.

Comparto, en este sentido, con Claude Dumezil, la idea de que si bien los efectos instituyentes de un dispositivo deben ser diferenciados de los efectos de histerización, es probable que todo cambio de discurso (todo giro que modifique o desplace posiciones enunciativas) transite por un

momento de histerización, un tiempo de sorpresa. Pienso que nuestro dispositivo favorece, invita a la realización de ese tránsito.

Alejado de cualquier expectativa de mágica eficacia, o de idealizaciones del procedimiento, me atrevo a afirmar que el ejercicio nunca ha dejado de tener consecuencias, tanto en nuestra experiencia como analistas como en las curas que hemos discutido.

Esto es quizás lo que nos alentó a llevar adelante esta presentación pública, que a su vez nos creó la necesidad de teorizar retroactivamente sobre lo realizado. No para aplicar lo ya sabido, sino para utilizar la teoría como instrumento para interrogarnos sobre si es posible construir un dispositivo que permita hacer ejercicios clínicos, hablar de nuestra práctica, siendo en ello consecuentes con el discurso y la ética del psicoanálisis.

De ser así, evitando cualquier ilusión pedagógica de transmitir un saber hacer, estaremos en camino de alcanzar lo enunciado por Claude Rabant como: hacer de nuestros analizantes, de sus dichos y su decir, el auténtico control, sabiendo recibir de ellos su lección y su letra.

Descriptores:

- DISCURSO DEL ANALISTA
- MATERIAL CLINICO
- SUPERVISION